

Esquema para una teoría e historia de la constitución del campo bibliotecológico mexicano

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

PROLEGÓMENO

Para una mirada crítica del campo bibliotecológico

Todos los campos del conocimiento tienen una historicidad, esto es, un peculiar desenvolvimiento en el tiempo, plasmado en la historia que sobre sí mismos escriben. En esa historia se explica su pasado, así como las transformaciones experimentadas en su largo recorrido. Lo que viene a ser una forma de dar razón de lo que fueron y en lo que se han convertido, lo cual abre la puerta para que perfilen su futuro. Esa *disposición* de estudiar el pasado para forjar su propia imagen histórica varía de un campo a otro, dependiendo de su objeto de conocimiento, el grado de desarrollo alcanzado y la conciencia histórica que dentro de ellos tengan sus integrantes. En los campos cuyo objeto de conocimiento consiste en todo lo relacionado con lo humano de manera inmediata y coherente, se presenta la exigencia del estudio de su historia, puesto que los humanos son los seres históricos por antonomasia. En estos campos, la historia es consustancial a su propio fundamento. Mientras que en los campos que tienen como objeto la naturaleza, no es un imperativo ineludible y que, además, afecte sustancialmente su autoconocimiento el estudio de su pasado.

Por otra parte, el grado de desarrollo alcanzado por cada campo es una especie de índice de cómo comprende e indaga su historia, a tal punto que se puede enunciar una especie de ecuación que señale que a mayor grado de desarrollo alcanzado por un campo, mejor es

la comprensión que logra de su pasado; y a menor desarrollo, más difusa y dispersa es la comprensión de su historia. La conciencia histórica que tienen los integrantes de un campo no es igual ni equivalente a la conciencia histórica de los miembros de una sociedad, puesto que se sustenta en una especificidad diferencial y propia, acorde con el carácter definitorio de estos espacios que marcan su perímetro inherente dentro del ámbito social, como los campos de conocimiento. *Puede definirse la conciencia histórica dentro de un campo como la actitud de sus integrantes de tener plenamente conciencia de la historicidad del conjunto de prácticas y objetos de conocimiento presentes que conforman el campo, así como la relatividad de todos los conocimientos (o todo el capital de conocimiento) en él acumulados.*

Estas disposiciones que surgen en los campos para estudiar su pasado, no se presentan solas o aisladas; de hecho, es su variada interacción de direcciones, niveles e intensidades lo que permite que los integrantes de un campo indaguen, asuman y sistematicen la historia del campo. Así, la historicidad del objeto de conocimiento está íntimamente relacionada con el grado de desarrollo histórico alcanzado por el campo, lo cual se complementa con la conciencia histórica de sus integrantes. Pero, repito, las interacciones entre tales disposiciones varían tanto dentro de un mismo campo, como entre un campo y otro, como se apreciará con la comprensión de dicho campo, objetivo ulterior de la exposición de este esquema: el campo bibliotecológico mexicano.

La peculiaridad del campo bibliotecológico que lo diferencia, pero que a la vez lo asemeja con los campos de las ciencias humanas y las sociales, es que se despliega entre unos y otros. Su objeto de conocimiento, el universo bibliotecario y de la información, tiene un fundamento que correlaciona lo específicamente humano y lo social. Por lo que, siendo un conocimiento humanístico y social, es, sin embargo, una forma de conocimiento diferente, con un perfil propio dado por la manera como interactúan en aquél: se cruzan, conjugan y distancian lo humanístico y lo social. Más allá de esta especificidad diferencial, el hecho de conjuntar las dimensiones humanística y social tornan al campo bibliotecológico un espacio que requiere, incoerci-

ble y necesariamente, del conocimiento de su historia. Por lo que para este campo la historia, su historia, no es un saber ornamental ni prescindible, sino una necesidad inalienable para su autoconocimiento. Pero esto aparentemente tan obvio y claro, se empaña en el terreno concreto del desenvolvimiento de los integrantes y de las prácticas del campo, puesto que el conocimiento histórico se emprende accesoriamente, en aras de privilegiar la temporalidad del presente, a partir del desarrollo de conocimientos de lo inmediato y novedoso, bajo lo cual subyace el *dictum* de una visión técnica y pragmática del quehacer bibliotecológico. Este campo intenta partir sólo del presente para correr en pos del futuro, con lo que deja en la penumbra su pasado, donde en realidad se encuentra la fragua para forjar auténticamente ese futuro.

El otro factor que obnubila el conocimiento histórico de y en el campo bibliotecológico, y que está imbricado con la disposición previa, es el de la fase de desarrollo en que actualmente se encuentra estacionado este campo, fase que denomino de *constitución*, sobre la cual se centra la elaboración y explicación de este esquema teórico e histórico (o teórico-histórico). Sin entrar ahora en mayores detalles, puede decirse sucintamente que la de constitución es la etapa en la que las prácticas propias de un campo llevan a cabo su definición (que precisa y diferencia a unas de otras) y encuentra su articulación mutua, lo cual permite delinear el perímetro identificador del campo dentro del espacio social. Ese mismo proceso de definición de las prácticas redundante en que aún no alcanzan su completa fundamentación cognoscitiva, lo que contribuye a que el conocimiento histórico sea difuso y disperso. De hecho, la fase de constitución se significa por la recuperación de la información del pasado del campo. Pero se trata de una recuperación que adolece de la falta de una visión concatenada y sistemática, es decir, teórica, de su historia, que más bien se logra y fundamenta en la fase de autonomía. El campo bibliotecológico ha llegado al límite de desarrollo de su fase de constitución, lo que significa que ha recabado la información pertinente de su historia o, en otras palabras, de la historia de esa fase de constitución. Por lo que resulta impostergable la elaboración sistemática (teórica) de esa

historia, como elemento de base que contribuya al tránsito del campo hacia su fase de autonomía.¹

Completando la definición precedente de la conciencia histórica, destaca que para que tal conciencia se geste, se requiere la condición de que en el campo haya acumulado un capital de conocimiento histórico. Capital conformado a lo largo de la fase de constitución. Pero eso, por sí solo, no es causa suficiente para la instauración e integración de la conciencia histórica: se requiere que la información del pasado se interprete para que se asuma como un componente inherente a las diferentes prácticas que ejecutan los integrantes del campo.

También contribuye a la gestación de la conciencia histórica la precisión de los objetos de conocimiento, así como la fase de desarrollo en que se encuentre el campo. El filósofo Hans-Georg Gadamer ha explicado que la dimensión interpretativa es el fundamento de la conciencia histórica, la que le brinda su condición reflexiva y, por ende, de apropiación del pasado²:

1 “Esta situación es coherente con las materias consideradas básicas para el área de Servicios de Información, en tanto que en ésta tampoco se incluyen materias formativas teóricas o introductorias que permitan al bibliotecario tener bases teóricas suficientes para diseñar servicios adecuados a las necesidades de una institución específica. Esto es, el bibliotecario pretende aplicar en todas las circunstancias solamente las técnicas y servicios que le han enseñado en la escuela, nunca ir más allá.

”En bibliotecología sucede lo mismo que en otras profesiones, si no se conoce el pasado, si no se estudia la evolución de un fenómeno, no puede proyectarse racionalmente el futuro de su objeto particular, en este caso los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, que siempre implican una variedad de servicios”, Ofelia Solís Valdespino, “La historia de la catalogación y su importancia en la formación del bibliotecario mexicano”, Escuela Interamericana de Bibliotecología, Medellín, Col., *Revista interamericana de bibliotecología* 8, no. 1 (enero-junio de 1985), p. 107.

2 “La conciencia moderna toma —justamente como ‘conciencia histórica’— una posición reflexiva en la consideración de todo aquello que es entregado por la tradición. La conciencia histórica no oye más bellamente la voz que le viene del pasado, sino que, reflexionando sobre ella, la reemplaza en el contexto donde ha enraizado para ver en ella el significado y el valor relativo que le conviene. Este comportamiento reflexivo cara a cara de la tradición se llama interpretación”. Hans-Georg Gadamer, *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos, 2000, p. 43.

Hablamos de interpretación cuando el significado de un texto no se comprende en un primer momento. Una interpretación es entonces necesaria; en otros términos, es preciso una reflexión explícita sobre las condiciones que hacen que el texto tenga tal o cual significado. El primer presupuesto que implica el concepto de interpretación es el carácter “extraño” de aquello que debería ser comprendido. En efecto, aquello que es inmediatamente evidente, aquello que nos convence por la simple presencia, no reclama ninguna interpretación [...]. La interpretación, tal y como nosotros la entendemos hoy, se aplica no sólo a los textos y la tradición verbal, sino a todo aquello que nos ha sido entregado por la historia [...]. Lo que siempre queremos decir con ello es que el sentido de lo dado que se ofrece a nuestra interpretación no se despliega sin mediación y que es necesario mirar más allá del sentido inmediato para poder descubrir el “verdadero” significado oculto.³

Gadamer establece que la interpretación ha de ser comprendida ampliamente, no circunscrita a los textos y a la tradición verbal; esta ampliación incide primero en todos los vestigios que deja la historia. El pasado es, pues, objeto privilegiado de interpretación. Pero ésta es una reflexión explícita sobre lo que es “extraño” o, más simplemente, poco conocido o desconocido; lo evidente no reclama ser interpretado, queda como un supuesto que no requiere demostración. Lo que es objeto de interpretación adquiere estatus de interpretable porque se encuentra surcado de *mediaciones* que ocultan su verdad. Al reconstruir la historia de un campo, tales mediaciones son las que salen al paso, esto es, todo el cúmulo de información, valga la expresión, en “bruto” que se obtiene del rastreo del pasado. Mediaciones que ocultan la verdadera unidad dinámica del campo en su devenir histórico. Los árboles no dejan ver el bosque.⁴ Por ello la conciencia histórica dentro de un campo significa conciencia de la unidad de las prácticas que lo articulan. Unidad que se gesta, evoluciona y consolida a través del tiempo. Es una totalidad interactuante de la multiplicidad de las prácticas a lo largo de la historia. Los integrantes de un campo, al tener esa conciencia histórica, comprenden implícitamente la especificidad histórica de la práctica que realizan, así como la

3 *Ibid.*, pp. 43-44.

unidad que esa práctica guarda con las demás; unidad de prácticas ejecutada históricamente. De ahí que, como se señaló en la definición anterior, la conciencia histórica es conciencia de la historicidad del conjunto de prácticas y objetos presentes, así como la relatividad del capital de conocimiento acumulado en él a lo largo del tiempo. Esa conciencia histórica da a los integrantes, además, la visión del devenir del campo y hacia dónde se dirige o, más exactamente, hacia dónde ha de dirigirse. Esto último implica que la conciencia histórica proyectada abre la posibilidad de que los integrantes dirijan conscientemente la trayectoria del campo, a contramarcha de la inercia en que puede y llega a estacionarse un campo, como es el caso del bibliotecológico; lo que ha redundado en limitantes respecto del conocimiento de su historia y, por ende, al desarrollo de la conciencia histórica de sus integrantes.

Todo lo antes expuesto lleva a plantearnos la cuestión de cómo se ha recabado la información histórica en el campo bibliotecológico, una vez que éste ha llegado al límite de su fase de constitución y que, por lo mismo, implica la posibilidad de la gestación de la conciencia histórica de sus integrantes. Desde el momento en que un campo inicia su fase de constitución, empieza a hacer historia y, conforme esa

4 El pasado no es algo que se ofrezca como algo evidente, aún y cuando se tenga de él un gran cúmulo de información en bruto. Y esto sin entrar en la polémica de que los vestigios y testimonios de toda índole de primera instancia pueden ser cuestionados en su veracidad. Por sí mismo el pasado ofrece zonas oscuras por su misma condición de ser algo que ya no es. Esas zonas oscuras están encubiertas, y de hecho eso es lo que las oscurece, por aquello que sí conocemos del pasado, lo conocido son las mediaciones que ocultan lo desconocido. Una concepción tradicional y limitada de la historia se atiene a la ordenación de lo conocido para ofrecer una visión histórica “normal y satisfactoria” del pasado, dejando de lado la interpretación que “permite mirar más allá de ese sentido inmediato”. La interpretación del pasado que busca “descubrir el verdadero significado oculto” ha de avocarse a las zonas oscuras del pasado para mostrar como se complementan con lo conocido que nos brindan las evidencias históricas, dejando en claro así la complejidad de la historia. Mas para que la interpretación en el conocimiento de lo desconocido, como es de suponerse, no basta con el simple ordenamiento de los datos históricos dados, ya conocidos, esto es, con la mera visión que ofrece la ciencia normal de la historia; se requiere del complemento de elementos teóricos provenientes de otros horizontes cognoscitivos.

fase se desenvuelve, depura, precisa y llega hasta el límite de las posibilidades propias y características de su constitución, produce un pasado, acumulado e incrementado en un capital de conocimiento histórico, de la historia del campo durante la mencionada fase. Cuando dicho capital cuenta con un considerable volumen de información, lo que significa que ya el campo cuenta con una cierta extensión de pasado historiable, algunos de sus integrantes se dan a la tarea de recopilarlo y darle una primera forma de organización que vuelva legible esa historia. Pero esa legibilidad adolece de serias limitantes y desvíos, como es el caso del campo bibliotecológico.

Una de las características distintivas actuales del campo bibliotecológico, una vez llegado al límite de su etapa constitutiva, no es el privilegiamiento de los estudios históricos, sino del predominio de la orientación pragmática y técnica; más aún, en la versión extrema de esta última, la tecnología, “Se confirma la pérdida de peso específico de la catalogación y los estudios históricos y la explosión de los temas relacionados con los procesos tecnológicos que desencadenó la automatización de los procesos bibliotecarios y el desarrollo de la recuperación de la información”.⁵ Esta marginación de los estudios históricos, a los que de por sí nunca se les ha dado la preponderancia debida, es uno de los factores que más contribuyen a que no se desarrolle la conciencia histórica de sus integrantes, incluso ha puesto su parte para que el campo bibliotecológico mexicano quede varado en su fase de constitución.

Cuando se emprendieron los estudios históricos, adquirieron la organización de historia-crónica, la forma más tradicional de historiar y que, a la vez, da una visión de la historia como fundadora de *tradicción*: donde los protagonistas y los saberes son vistos como una continuidad homogénea que se trasmite a los sucesores, con lo que se estatuye una tradición bibliotecológica.

En una historiografía de semejante índole, la biografía y la anécdota adquieren un relieve estelar, convirtiéndose en el factor que da razón, coherencia y sentido a la historia del campo. Así, en esta etapa

5 Emilio Delgado López-Cozar, *La investigación en biblioteconomía y documentación*, Gijón, trea, 2002, p. 112.

de recabamiento de la información histórica, el discurso que da legibilidad a esa información, se articula como una amena narración que ordena y direcciona los acontecimientos. Es la alternativa más inmediata e intuitiva para buscar dar una primera visión orgánica de la historia del campo. En otras palabras, el revestimiento que asume el discurso historiográfico en el campo bibliotecológico es de carácter meramente descriptivo y lineal.⁶ En la narración también se describe el perfil de los protagonistas, esto es, su biografía y acciones inmediatas, asimismo la gestación y desarrollo de los saberes bibliotecológicos. Todo ello presentado linealmente. En tal concepción descriptiva y lineal no se consideran las causas profundas configuradoras del campo, las cuales propician discontinuidades y rupturas en el nivel cognoscitivo y en el desenvolvimiento histórico del campo.

Ahora bien, esa concepción descriptiva y lineal no es gratuita, tampoco producto de la falta de concatenación sistemática del conocimiento histórico característico de la fase de constitución, en la base de ésta trabaja una organización cognoscitiva de carácter positivista. Cuando una teoría se institucionaliza y legitima en el nivel social y en la esfera de los campos de conocimiento, su estructura cognoscitiva se estatuye como la opción única o, cuando menos, la más viable para la producción del conocimiento. Lo que termina por hacer que se integre, incluso, en el estrato inconsciente de los integrantes de un campo, acabando por ser concebida tal teoría como la vía natural para la producción del conocimiento. Haciendo impensable otras opciones, más aún, las otras propuestas cognoscitivas que van en contramarcha de la teoría institucionalizada. Éste ha sido el camino de la institucionalización del positivismo, que se comprende como la

6 “La investigación en Biblioteconomía y Documentación es descriptiva. Predominan métodos de investigación (encuesta y método histórico) cuya principal misión es describir el presente o el pasado. Hasta ahora, las investigaciones se han centrado en ver qué y cómo suceden las cosas en el ámbito bibliotecario, tanto en el presente más inmediato como en el más próximo o remoto pasado. El alto porcentaje de trabajos descriptivos es propio de las ciencias poco consolidadas. La infancia de una ciencia como la de un niño, está presidida por el conocimiento de su entorno. Identificar, conocer la realidad”. *Ibid.*, p. 180.

natural teoría de la ciencia y, por tanto, de la producción del conocimiento científico o de todo aquel que aspire a serlo.

De una u otra forma, el positivismo brindó el sustrato cognoscitivo al campo bibliotecológico durante su fase de constitución, por lo que ha llegado a operar en el inconsciente de los integrantes del campo, de ahí que se manifiesta espontánea e intuitivamente en la producción del conocimiento bibliotecológico. También de ahí que la información histórica recabada en la fase de constitución subrepticamente esté signada por la orientación positivista, caracterizada por la segmentación, uniformización y linealidad del objeto de conocimiento.

La narración que articula los acontecimientos históricos del campo bibliotecológico bajo el dictum positivista aísla, primeramente, esos acontecimientos, segmenta la totalidad histórica, rompiendo con ello su unidad cambiante y dinámica, para quedarse sólo con los que se considera relevantes. Y esto sin contar el aislamiento del campo respecto del contexto sociohistórico en que se encuentra inserto. Desgajados los acontecimientos entre sí, se convierten en una especie de moléculas históricas cerradas en sí mismas, con lo que ese acontecimiento es uniformado y a partir de ello se le da una secuencia lineal. Así, por ejemplo, de la totalidad del campo bibliotecológico mexicano, sobre lo que ahondaré más adelante, se segmenta la práctica de la educación bibliotecológica, y dentro de ésta, a su vez, se aísla el caso de la Escuela Nacional de Biblioteconomía y Archivística (ENBA). Entonces se estructura la narración a partir de uniformar a sus protagonistas y la currícula de materias, a los cuales se da un montaje lineal: unos sucediendo a otros, formando con ello una tradición, puntualmente así descrita en la crónica. En esta historia de cuño positivista, queda fuera de foco la totalidad del campo, entendida como una multiplicidad interactuante de prácticas y objetos de conocimiento que se configura históricamente. Donde una práctica se define en función del tipo de interacciones históricas que tiene con las demás prácticas.

Llegados a este punto, es pertinente aclarar que esta concepción de la historia del campo bibliotecológico sustentada en el positivismo, rindió un servicio invaluable durante su fase de constitución, puesto que fue el basamento cognoscitivo que permitió recabar la in-

formación histórica e instaurar una primaria organización de ésta, aun cuando al ser contemplada desde la perspectiva de la totalidad del campo parezca difusa y dispersa. Pero una vez que el campo llegó al límite de su fase de constitución, toda esa concepción (positivista) de la historia se torna inoperante y anacrónica, contribuyendo poco a la conformación de la conciencia histórica de los integrantes del campo. Por lo que se requiere dar el salto hacia adelante que permita instaurar otra concepción de la historia del campo, la cual, como es previsible, tendrá que estatuirse a contramarcha de la concepción positivista prevaleciente. Una concepción distinta, acorde con el límite de la fase de constitución actual y el tránsito hacia la fase de autonomía. Ha de ser una concepción de la historia que cierre la fase de constitución y esté en consonancia con las características definitorias de la fase de autonomía, hacia la cual debe transitar el campo bibliotecológico mexicano.

Una distinta concepción de la historia del campo omite la historia-crónica, esto es, anecdótica, descriptiva, homogénea y lineal; en suma, una historia no problemática que no cuestiona su pasado, para dar paso a una historia-problemática que no da como hecho dado y simple el pasado. Es una historia que cuestiona los acontecimientos canonizados para profundizar en aspectos soslayados y que, de hecho, son los que dan consistencia a los aspectos conocidos base de la historia-crónica. Esta historia-problema no se conforma con la mera observación y ordenación de los acontecimientos del pasado contenidos en los documentos, más bien se dirige al pasado planteándole preguntas, las cuales son la llave y clave para abrir las puertas de las zonas poco conocidas, si no es que desconocidas, de la historia. Las interrogantes son la base de un conocimiento histórico riguroso, puesto que éstas construyen el objeto histórico, a contrapelo de la concepción de la historia tradicional, que concibe el objeto histórico como un hecho dado, impuesto por sí mismo a quien busca conocerlo por vía de la simple observación:

 Son las preguntas las que construyen el objeto histórico, procediendo a un recorte original del universo ilimitado de los hechos y de los documentos posibles. Desde un punto de vista epistemológico, la pregunta, pues, desempeña una función fundamental en el sentido

etimológico del término, dado que es la que funda, la que constituye el objeto histórico. En cierto sentido, una historia vale lo que valgan sus interrogantes. De ahí la importancia y la necesidad de plantearse la pregunta de la pregunta [...]. Sin preguntas no hay documentos. Son las preguntas del historiador las que consiguen que las huellas que el pasado nos ha legado se conviertan en fuentes y documentos. Antes de que las interroguemos, las huellas del pasado no se perciben como huellas posibles de algo [...]. La primacía de la pregunta sobre el documento tiene dos consecuencias. Por un lado, nos advierte de que no podemos hacer una lectura definitiva de un documento dado. El historiador nunca agota sus documentos, pues siempre podrá interrogarlos con otras preguntas, siempre podrá hacerlos hablar con otros métodos.⁷

La pregunta es el soporte de la historia-problema, pero en cuanto tal, es el primer paso de una compleja elaboración cognoscitiva. Como se vio antes, Gadamer propone como fundamento de la conciencia histórica a la interpretación, la cual es un acto de reflexión que se lleva a cabo sobre lo que es “extraño” y debe ser comprendido de la historia. Ante esto, diríase que la pregunta al pasado es el primer acto a partir del cual se despliega la interpretación. La pregunta se formula no a lo que es “inmediatamente evidente” del pasado, sino a lo que no se conoce, a lo problemático. A partir de ello, la interpretación se profundizará gradualmente en las zonas oscuras o penumbrosas del pasado. Mas para este tipo de reflexión, la interpretación se apoya en preceptos teóricos, provenientes de diversos afluentes cognoscitivos, por lo que finalmente la historia-problema deja en claro su ascendencia teórica. *La teoría como basamento del conocimiento histórico*, en síntesis, tal ha de ser el programa sobre el que ha de sustentarse el quehacer historiográfico del campo bibliotecológico mexicano, de cara al futuro, es decir, a la fase de autonomía.

⁷ Antoine Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra, 2001, pp. 90-93.

ESQUEMA

Para una teoría e historia de la constitución del campo bibliotecológico mexicano

I

Debido al predominio de la orientación pragmática y técnica dentro del campo bibliotecológico que determina la producción y reproducción del conjunto de prácticas que lo integran, el enfoque teórico se ve no sólo con reticencia, sino con desconfianza. De hecho, es precisamente la orientación pragmática y técnica (hoy tecnológica) la que fundamentó y encauzó el desenvolvimiento de toda la fase de constitución del campo bibliotecológico no sólo en México, por lo que está profundamente arraigada en la conciencia de los integrantes del campo, llegando a considerarse, por lo mismo, consustancial a todo el quehacer bibliotecológico. De ahí, en gran medida, la reticencia de la aceptación y asunción plena de un enfoque diametralmente distinto para fundamentar el conocimiento bibliotecológico, como a partir de la teoría, puesto que implica un profundo cambio en todos los órdenes, comenzando por la organicidad mental y cognoscitiva de los integrantes del campo. Es el complejo y arduo tránsito de lo empírico a lo abstracto, de lo pragmático a lo teórico como forma de comprensión y explicación de los procesos definitorios del campo de conocimiento. Cabe subrayar que la *conditio sine qua non* para que el campo bibliotecológico transite hacia la fase de autonomía es la asunción completa de la concepción teórica, para que la producción del conocimiento se encuentre sustentada teóricamente, dando con ello lugar a la construcción de la teoría bibliotecológica. Pero no entendida la teoría bibliotecológica como una homogénea y absoluta *sub specie aeternitatis*, sino como la unidad de las múltiples teorías sobre las que han de sustentarse las distintas prácticas componentes del campo bibliotecológico, las cuales a su vez cambian, evolucionan, se modifican y sustituyen mutuamente a lo largo de la historia interna del campo. Por lo que para alcanzar esa teoría bibliotecológica hay que asfaltar antes el camino que conduce a aquélla, dándole el basamento con-

ceptual y teórico a las prácticas del campo, de ahí la pertinencia de la elaboración teórico-histórica del campo bibliotecológico; en otras palabras, construir una historia del campo fundada teóricamente, acorde con la especificidad de lo que es un campo de conocimiento y para que resulte una vía que muestre el acceso a la fase de autonomía.

Los campos de conocimiento se gestan a lo largo de la modernidad, por supuesto que no todos se gestan simultáneamente, ni en un determinado periodo. De hecho, es el campo científico o, más exactamente, el de la física, el campo que tuvo los gérmenes de su gestación en los albores de la modernidad, pero sólo inició su fase de constitución siglos después, con lo que señaló y allanó el camino a seguir a los demás saberes que, gradualmente, se configuraron en campos de conocimiento, incluso algunos, como el caso del campo bibliotecológico, sólo hasta hace muy poco comenzó su constitución. Por lo cual se diría que la conformación de los campos de conocimiento son un elevado logro del proceso civilizatorio humano, esto es, lo que les da su fuerza y grandeza, pero ello no oculta su fragilidad, puesto que están expuestos a serias tensiones y presiones de diversa índole, tanto en el orden interior como exterior, que incluso pueden hacerlos desaparecer. Su única garantía de continuidad es seguir fortaleciéndose a partir de alcanzar su autonomía y consolidación a través de su fundamentación teórica, dejando con ello constancia de la necesidad de las sociedades de lo que tales campos les brindan. El gran sociólogo Pierre Bourdieu definió estos peculiares espacios cognoscitivos de la siguiente manera:

En términos analíticos, un campo, puede definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (*situs*) actual y potencial en la estructura de la distribución de las diferentes especies de poder (o capital) –cuya posesión implica el acceso a las garantías específicas que están en juego dentro del campo– y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.). En las sociedades altamente diferenciadas, el cosmos social está constituido por el conjunto de estos microcosmos sociales relativamente autónomos, espa-

cios de relaciones objetivas que forman la base de una lógica y una necesidad específicas, que son irreductibles a las que rigen los demás campos.⁸

Para que un campo alcance las características que enuncia Bourdieu, debe haber llevado a cabo un largo recorrido, que lo conduce de su fase de constitución hacia la de autonomía. Ese recorrido no se realiza en abstracto ni en el vacío: va acompañado por la historia o, más exactamente, es un recorrido histórico. Pero no ha de entenderse esa historia de manera homogénea y lineal, sino, como veremos, de forma múltiple. La fase de constitución se caracteriza por la autodefinición de las prácticas propias del campo, así como por la cohesión que se da entre sí. Cada práctica, que a su vez consta de una constelación de subprácticas cada vez más particulares y especializadas, se delimita acotando su diferencia y distancia, pero a la vez manifiesta su unidad con las demás prácticas. Todo ello configura el perímetro definitorio del campo dentro del espacio social. Lo que significa que también marca su diferencia y distancia respecto de los demás campos, con los que desde esa demarcación establece relaciones. Pero la fase de constitución no es más que los prolegómenos de la fase de autonomía.

Un campo alcanza su autonomía cuando ha constituido los conceptos, métodos y teorías (o unidad de teorías) propios que lo definen y diferencian en ese terreno respecto de los demás campos. Es cuando un campo sustenta toda su organicidad y producción del conocimiento en su propia teoría, con lo que se diría que ha logrado la plena cientificidad, lo cual permite que el campo se dé a sí mismo sus propias leyes, como específica la etimología de “autonomía” (*auto-nomos* = otorgarse sus propias leyes).

La autonomía le da al campo que la ha alcanzado su perfil distintivo y distinguible entre los demás campos, así como dentro de la estructura social. Pero ambas fases se realizan históricamente, que es lo que vuelve legible la particularidad y desenvolvimiento de tales espacios cognoscitivos.

8 Pierre Bourdieu y J. D. Wacquant Loïc, *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995, p. 64.

Para comprender la historicidad de los campos no es suficiente el solo conocimiento de la historia, es decir, del enfoque tradicional histórico; se requiere de la conjunción de otros saberes. Debe ser, por consiguiente, una historia con enfoque multidisciplinario. Conviene también recordar que no estamos hablando de la historia del mundo o de una sociedad particular, sino de espacios cuya característica definitoria es la producción de conocimiento. Esto marca su carácter diferencial, aun cuando se encuentran insertos en el espacio social, por lo que estamos hablando, en principio, de dos manifestaciones de la historicidad cuya dinámica es de múltiples interrelaciones, la cual se especifica como dialéctica. Precisamente a partir de la comprensión de la dialéctica esa variedad histórica se torna legible. La dialéctica es algo mucho más complejo que el simple catecismo que la reduce a la tríada de tesis, antítesis y síntesis, y que era esgrimida como arma sofisticada para salir de los estancamientos argumentativos, sobre todo mentales. Esto es algo que ha dejado en claro Georges Gurvitch al quitar a la dialéctica sus adherencias idealistas, para darle un sustrato sociológico, mostrando que aquélla se despliega en tres ámbitos: real, metodológico-cognoscitivo (dialéctica del pensamiento) y la conjunción de ambos.

La dialéctica de la realidad es la que expresa el movimiento de lo real, entendido como la realidad social. Es el movimiento de lo uno y lo múltiple, de la totalización y destotalización de las realidades humanas y sociales; en que el todo y las partes se engendran mutuamente, dando con ello lugar a las obras y expresiones creadas por la colectividad, pese a que éstas tengan el nombre propio de un autor particular, son producto del movimiento dialéctico de la realidad social.⁹ Este movimiento de hacerse y deshacerse de las totalidades hu-

9 “Se trata, en primer lugar, de su ámbito, que es a la vez el movimiento de totalización y destotalización de las realidades humanas, sobre todo de la realidad social, considerada en todas sus manifestaciones, dimensiones, obras y expresiones. En tanto que movimiento real, la dialéctica es el camino (*día*) adoptado por las totalidades humanas en vías de hacerse y deshacerse en el engendramiento recíproco de sus conjuntos y de sus partes, de sus actos y de sus obras, así como en la lucha que estas totalidades desarrollan contra los obstáculos internos y externos con que tropiezan en su camino”. Georges Gurvitch, *Dialéctica y sociología*, Madrid, Alianza, 1971, pp. 245-246.

manas se realiza a través del tiempo. De ahí la dimensión histórica de la dialéctica de lo real.

Por su parte, la dialéctica del pensamiento es el movimiento cognoscitivo que lleva a cabo la mente humana para conocer el movimiento de lo real. El movimiento dialéctico de la mente emprende la demolición de los conceptos adquiridos y cristalizados, contraponiéndose así a las leyes de la lógica formal, para captar el movimiento de las totalidades sociales.¹⁰ En su formación simplificada, esta dialéctica es el movimiento primero que emprende el pensamiento para acercarse al movimiento de lo real, por vía de la experiencia inmediata (colectiva e individual). Y en su forma más elaborada es el movimiento con que se revisten los marcos operatorios de las ciencias en su conocimiento de la realidad, aunque cabe señalar que tales marcos, una vez que acceden a ese conocimiento, se organizan discursivamente para dar explicación del objeto de conocimiento, desde una teoría o epistemología específicas. Todo esto se consume a partir del punto de contacto o, más exactamente, de la dialectización de estas dos esferas de la dialéctica, con lo que se propicia el tercer ámbito de la dialéctica, y que de hecho es el aporte más notorio que hace Gurvitch a la reflexión sobre la dialéctica, a la que define así:

Este tercer aspecto de la dialéctica casi no ha llamado la atención hasta el presente. Sin embargo, me parece capital [...] De hecho, el número de las ciencias no solamente no se corresponde con el de las esferas discernibles de la realidad, sino que *cada ciencia construye su objeto* utilizando sus propios marcos operatorios más o menos artificiales, pero destinados a hacer ese objeto manejable con vistas a la verificación y a la explicación, e incluso, en el peor de los casos, a la experimentación controlada. Cabe decir que cada ciencia toma carrerilla ante una de las esferas brutas de la realidad para penetrar en ella mejor y más profundamente.

Se advierte, pues, que existe una dialéctica entre las esferas de lo real, el marco operativo de una ciencia, incluido el método que aplica y, por

10 “En segundo lugar, la *dialéctica es un método* y, más ampliamente, *una manera de captar, de comprender, de conocer* –incluso fuera de todo método (por acción, por participación, por conocimientos, que no sean científicos o filosóficos)– el movimiento de las totalidades humanas reales [...]. *Ibid.*, p. 246.

último, el objeto que de esta manera construye. Ahora bien, esta dialéctica es particularmente intensa en las ciencias del hombre, debido a su carácter comprometido y a las valoraciones conscientes e inconscientes contra las que debe luchar sin tregua.¹¹

El movimiento dialéctico del pensamiento incide en el movimiento dialéctico de lo real, en el proceso de construcción del objeto de conocimiento, pero esto se realiza de manera histórica. La historia recorre los tres ámbitos de la dialéctica y es el eje a través del cual se gestan y desarrollan los campos de conocimiento. Las sociedades, en su movimiento histórico de totalización y destotalización, del engendramiento del todo y las partes hacen que su *interés* y *necesidades* se dirijan a ciertas zonas u objetos de la realidad, que por el mismo movimiento han sido mostradas o vueltas a poner en evidencia. Por ejemplo, en el caso de la *información* que históricamente fue cobrando relevancia a lo largo del siglo XX, hasta convertirse en objeto central de conocimiento a fines de esa centuria. Pero como tal es producto del movimiento dialéctico de las sociedades, en sus diversas escalas de colectividad, que históricamente le han dado esa relevancia. En cambio, otros objetos que no son relevantes quedan marginados. De ahí que ese circuito de hacer aparecer zonas y objetos, así como marginar a otros obedezca al movimiento histórico (dialéctico) de las sociedades.

En el momento en que históricamente queda en evidencia una zona u objeto de interés o necesidad, la colectividad se dirige a ellos para conocerlos: hacérselos legibles, explicables y manipulables. Aunque primero de manera inmediata, es decir, empírica. La dialéctica del pensamiento busca seguir el movimiento dialéctico real de ese objeto. La *experiencia* está dirigida por un conocimiento de corte empírico para satisfacer, sin mayores elaboraciones y complicaciones, el interés y la necesidad colectiva respecto de tal objeto. Con lo que estamos ya en ese tercer ámbito de la dialéctica: la construcción del objeto, aunque en un nivel primario. Gradualmente, ese objeto de conocimiento sufre una elaboración más abstracta, debido a que ya no es satisfactoria la explicación empírica, o esta explicación empí-

11 *Ibid.*, pp. 245-250.

rica es sustituida por los marcos operatorios de una ciencia, con lo que le da una explicación abstracta, hasta llegar a una completa explicación teórica; cuando se llega a este nivel, se convierte en un objeto teórico circunscrito por los dispositivos discursivos sobre los que se funda la ciencia. Pero todo esto no se desenvuelve en el vacío, como quedó establecido, los tres ámbitos de la dialéctica se despliegan en el espacio social y, por ende, histórico.

El mismo movimiento dialéctico en el que inciden la dialéctica de lo real y la dialéctica del pensamiento da lugar a los campos de conocimiento, los cuales son producto también de la necesidad de las sociedades, llegado el proceso civilizatorio a un alto punto de desarrollo. El paso de una construcción cognoscitiva empírica del objeto a su construcción cognoscitiva abstracta simboliza el periodo histórico de gestación de los campos de conocimiento. En el periplo del conocimiento de la realidad, hay un momento en que las sociedades han alcanzado la madurez para generar y conjuntar diversas prácticas de conocimiento en torno al objeto que ocupa el interés o la necesidad colectiva. Conforme se dan al objeto explicaciones más elaboradas, diversifica las prácticas que se encargan de su conocimiento, el objeto es complejizado, con lo que se ponen las bases de un campo de conocimiento. Así, una vez que el objeto ha comenzado a ser sustraído de su mero conocimiento empírico y que las prácticas que llevan a cabo su conocimiento diversificado inicia su andadura conjuntándose, es cuando comienza la fase de constitución de un campo. Y su evolución estará determinada por la elaboración cada vez más abstracta y sistemática del objeto de conocimiento, lo que, por otra parte, significará su alejamiento de las formas cognoscitivas inmediatas de la colectividad, estableciéndose así una dialéctica respecto de aquélla de antagonismo y complementariedad. De antagonismo porque el objeto de conocimiento es distinto, contrario, de la concreción empírica de la realidad; pero ese antagonismo logra su realización cuando de la abstracción (reelaboración teórica del objeto de conocimiento) desciende a la concreción para complementarse con aquélla, y a partir de ahí reemprender una vez más el movimiento de antagonismo, dándole una nueva y más compleja elaboración teórica al objeto. De ahí que ese conocimiento teórico mar-

que las pautas de orientación a la realidad concreta, mientras que cuando el conocimiento empírico es primordial, marca las pautas cognoscitivas al quehacer humano.

La fase última de distanciamiento de un campo respecto del empirismo de la realidad es cuando alcanza su autonomía, en la que el objeto es ya un completo producto de elaboración abstracta, es decir, teórica, incluso hasta llegar en algunas ciencias a su completa axiomatización. Pero como ya se dijo, esto es producto de un largo recorrido histórico del movimiento dialéctico de la realidad social: periplo histórico de la sociedad que genera, a su vez, otra trayectoria histórica, la de los campos de conocimiento. Una vez que un campo inicia su fase de constitución, al mismo tiempo comienza a gestar su propia historia, su historia interior, distinta a la historia del mundo o de la sociedad. Una historia con una lógica propia, esto es, de carácter epistemológico, como lo señala nítidamente Dominique Lecourt a propósito de la epistemología histórica o la historia epistemológica de Georges Canguilhem:

Cada ciencia tiene su propio modo de andar, su ritmo y, para expresarlo mejor, su temporalidad específica: su historia no es ni el “hilo lateral” de un presunto “curso general del tiempo” ni el desarrollo de un germen en el que se encontraría “preformada” la figura todavía blanca de su estado presente, sino que por el contrario procede mediante reorganizaciones, rupturas y mutaciones, pasa por puntos “críticos” –puntos en los que el tiempo se hace más vivo o más pesado–, conoce las aceleraciones bruscas y los retrocesos repentinos. Por último, sin duda es relativamente autónoma, pero sin embargo la existencia de un “espacio intelectual” en el que desplegaría soberanamente sus conceptos pertenece a la ficción: sólo por medio de un artificio podría una ciencia ser aislada de lo que aquí Canguilhem denomina “su marco cultural”, es decir, el conjunto de las relaciones y de los valores ideológicos de la formación social en la que se inscribe.¹²

Entre la historia del mundo o la sociedad y la historia de los campos de conocimiento, se entabla también una dialéctica de antagonismo y complementariedad, fundada por lo mismo en la manera

12 Dominique Lecourt, “La historia epistemológica de Georges Canguilhem”, en G. Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1971, p. XIII.

cómo los objetos de conocimiento son construidos: próximos a lo empírico o a lo abstracto (antagonismo o complementariedad epistemológica). Vista la historia de los campos desde la lógica interna de éstos, esta última se despliega a partir de cómo los objetos de interés o necesidad social son identificados y acotados por el campo, para ser construidos cognoscitivamente a través de sus múltiples prácticas y en la interacción de estas, interacción de prácticas que asimismo es factor de construcción y definición de tales prácticas. Todo esto se realiza a lo largo del tiempo, lo que en sí mismo ya es la historia de esas prácticas, en suma, es la historia del campo, sin embargo, se trata de una historia, como señala Canguilhem, no lineal ni homogénea, esto es, positivista, sino todo lo contrario: “procede mediante reorganización, rupturas y mutaciones, pasa por puntos ‘críticos’, conoce las aceleraciones bruscas y los retrocesos repentinos”, es una historia discontinua. Conviene acotar que las prácticas no son entidades abstractas en sí mismas, lo son en la medida que son generadas y dirigidas por los integrantes del campo, por lo que la historicidad de las prácticas se encuentra en relación directa de las posiciones que guardan los integrantes en el campo en un momento específico. De esta forma, se comprende históricamente el desenvolvimiento de las prácticas y su relación con los integrantes del campo, lo que conforma las fases históricas del campo, con lo que este enfoque deja en evidencia la inoperancia de una historia anecdótica del campo, que hace de sus integrantes figuras estelares de un imposible museo de cera. Por ejemplo, así se explica el papel desempeñado por Juana Manrique de Lara a partir de las posiciones que ocupó en el campo bibliotecario y cómo contribuyó con ello a la gestación y desenvolvimiento de las prácticas, enfoque que soslaya la anécdota biográfica.

Así pues, una historia-teórica o lo que es su variante, una historia epistemológica, *historiará* el desenvolvimiento de las prácticas y sus interacciones, a partir de cómo se construye cognoscitivamente el objeto de conocimiento, en suma, las etapas en que el objeto deja de ser empírico hasta su elaboración teórica, y de cómo los integrantes colaboran en ello a partir de su desplazamiento de posiciones en el campo. Lo que a su vez, como señala Pierre Bourdieu, da lugar a la elaboración del capital de conocimiento del campo y de la posesión

o búsqueda que de él llevan a cabo sus integrantes, lo que conlleva luchas de poder. Por otra parte, una historia problema de semejante índole es la que expande y consolida la conciencia histórica de los integrantes del campo de conocimiento, la plataforma para orientar el campo bibliotecológico hacia el futuro.

II

La fase de constitución del campo bibliotecológico mexicano ha cubierto una centuria de su evolución. Desde las incipientes prácticas, su antecedente directo e inmediato que comenzaron a darle origen a finales del siglo XIX hasta nuestros días, la fase de constitución se ha desplegado y llegado al límite de posibilidades de desarrollo. Lo que no significa que no pueda seguir prevaleciendo durante más tiempo en esa fase, pero ello implicaría resguardarse en la inercia y ese envaramiento tendría a la larga consecuencias profundas, entre otras el rezago respecto de los demás campos y la sociedad. De ahí que, una vez que se ha recorrido esa larga centuria, sea pertinente replantear el conocimiento de su historia particular mexicana.

Siguiendo el esquema planteado en el subapartado anterior, veamos su explicación con la fase de constitución del campo bibliotecológico mexicano. La dialéctica de la realidad es el movimiento de lo social, en cualquiera de sus escalas (nosotros, los grupos, los colectivos, las clases, las sociedades globales, etc.), y ese movimiento es de carácter histórico; lo que significa que la dialéctica de lo real aúna lo social y lo histórico, por lo mismo conlleva el conocimiento de la sociología y la ciencia de la historia. Aunque entre ambas hay notables elementos en común, resulta insoslayable que también entre sí preexisten profundas diferencias tanto de enfoque de sus objetos de conocimiento, como en los métodos empleados, sobre lo cual no ahondaré aquí, pero cabe decir que esas diferencias se zanján a partir de la dialectización de la sociología y la historia, para que así se muestre cómo, en el movimiento de la realidad, se conjuga lo social y lo histórico.

A lo largo del siglo XIX, en el mundo occidental aparecieron zonas y objetos de la realidad que despertaron las necesidades e intereses

de las sociedades, tanto de países desarrollados como subdesarrollados. Entre esos objetos, hubo uno que en el transcurso de esa centuria y la siguiente acabó por convertirse en central y privilegiado, al grado de llegar a marcar las pautas a la estructura social en todos sus niveles: la información. Ese despertar de la conciencia social respecto de la importancia de la información quedó focalizado en la creación de las bibliotecas nacionales:

Otro de los aspectos que más influyó en la necesidad de creación de las bibliotecas nacionales fue el espectacular aumento de la producción bibliográfica. El desarrollo industrial, la necesidad de formación del pueblo llano y el ascenso de la burguesía como clase social provocaron un mayor consumo de libros; esto, a su vez, produjo un abaratamiento de sus costos y, por tanto, un aumento de su producción. Se planteó entonces la conveniencia de reunir, almacenar y conservar toda la producción bibliográfica de cada país para las generaciones futuras. Y esta función se considera inherente a las bibliotecas constituidas como nacionales: almacenar y conservar para el futuro.¹³

El movimiento dialéctico de las sociedades occidentales promovió la necesidad y el interés por la información, este movimiento encarnaba la historia del sistema capitalista que en el siglo XIX tuvo su momento estelar de expansión y auge. Lo que redundó en que los diversos grupos tuvieran interés por la información que la misma expansión del sistema producía y la necesidad de circularla y apropiársela. Si en la totalidad del sistema había un movimiento entre los conjuntos y sus partes en torno a la información y el escenario para apropiársela, dicho movimiento era de las bibliotecas nacionales, por lo que estas unidades de información adquirirán un importante revestimiento simbólico en el imaginario político y social. En la medida que históricamente se desarrollaban y consolidaban las bibliotecas nacionales, dialécticamente generaban otra necesidad social: el personal encargado de éstas fueron el germen de los futuros profesionales de la

13 Inmaculada Velloso González, "Las bibliotecas nacionales", en Luisa Orera Orera, (ed.), *Manual de biblioteconomía*, Madrid, Síntesis, 1997, p. 326.

bibliotecología y la información.¹⁴ Pero como tal, hasta aquí aún no puede hablarse del inicio de la fase de constitución del campo bibliotecológico, es simplemente el momento en que la dialéctica de la realidad hace aparecer un objeto de necesidad e interés (la información), la cual a su vez generará otros movimientos dialécticos, de donde surgirán nuevas necesidades, entre las que se identifican las que inician propiamente la constitución del campo. Esto lo vemos en el caso mexicano.

Cada biblioteca nacional es producto de la dialéctica social e histórica de cada país, por lo que tiene su desenvolvimiento particular y diferencial. La Biblioteca Nacional de México existía como proyecto desde 1833, pero se inauguró hasta 1884.¹⁵ Era una biblioteca cuya función obedecía, por un lado, a la ya descrita dialéctica de la totalidad del sis-

14 “Es claro que la generación y consumo de información, así como el conocimiento de tecnologías y formatos para manipularlos en cada país varía. Sin duda, los elementos que inhiben o alientan un menor o mayor volumen de información, están estrechamente relacionados con el desarrollo económico nacional.

”Dicha problemática permea, quiérase o no, la madurez de los estudios [relacionados] con el proceso de la información, como es el caso de la bibliotecología. Ésta es una disciplina que mantiene sus raíces en el manejo de la información. Pero a pesar de que el hombre intercambia datos prácticamente desde que posee el don del lenguaje doblemente articulado y le ha sido posible preservarlos desde que plasmó la escritura en los primeros materiales escriptorios, la bibliotecología es un cuerpo de conocimientos relativamente joven”. Hugo Alberto Figueroa Alcántara, “Algunas notas sobre la educación bibliotecológica en México”, en *La bibliotecología en el México actual y sus tendencias*, México, DGB, UNAM, 1992, pp. 182-83.

15 “La creación de la Biblioteca Nacional –afirma Rojas–, magna obra proyectada desde 1833, como índice monumental de la cultura del país, sólo cincuenta años más tarde pudo convertirse en halagadora realidad; porque si bien es cierto que desde 1867 se decretó su erección en el antiguo templo de San Agustín, y parte de sus libros estuvo al servicio del público en la capilla del Tercer Orden, también lo es que su formal organización no se alcanzó sino con mucha posteridad, debido al tiempo que naturalmente exigió para su desarrolló el grandioso plan arquitectónico ideado, y a los considerables fondos necesarios para llevarlo a cabo [...]. Ocupando la Presidencia de la República el general Manuel González, quedó concluida por fin la obra de adaptación del antiguo templo de los agustinos [...] y el 2 de abril de 1884 fue solemnemente inaugurada”, citado por Martha Alicia Añorve Guillén, “El despertar de la vocación biblioteconómica de Juana Manrique de Lara (1897-1922) en el marco de las instituciones bibliotecarias de su tiempo”, México, 2002, p. 93.

tema capitalista; pero, por otro lado, al ser una biblioteca de un país periférico, adquiriría una especificidad diferencial. Cabe subrayar que su inauguración correspondió al régimen porfiriano y aunque todavía fue un remanente de los liberales, la institución era una clara muestra cultural de la élite que se aglutinaba en torno a Porfirio Díaz. Además, debía ser un opulento símbolo de la era de estabilidad y desarrollo hacia los que el país se encaminaba.¹⁶ En suma, se perseguía que fuera un espejo en el que se reflejaría la grandeza del régimen. Pero la realidad era otra, la Biblioteca Nacional, así como otras bibliotecas principales fundadas por el régimen o apuntaladas por éste, eran un monumento de inoperancia y que sólo usufructuaba la élite porfiriana culta,¹⁷ ésta era la detentadora de la información que no quería y no sabía compartir con la mayoría de la población, la cual, por otra parte, estaba sumida en el más completo analfabetismo.¹⁸

Mas allá de que la Biblioteca Nacional sólo era frecuentada por una élite de usuarios, evidenció las graves insuficiencias: el acervo era limitado y el tipo de obras con que contaba no cubría las necesidades de los usuarios; eso sin considerar la desorganización y el abandono en que se encontraba. Esto, en buena medida, era consecuencia de una concepción que pesaba sobre aquélla como depósito y preservación del tesoro bibliográfico de la nación, pese a que se inspiraba en el servicio público. Al ser concebida de esa manera, no se requería una organiza-

16 Luis González, "El liberalismo triunfante", en Daniel Cosío Villegas, *Historia general de México*, México, El Colegio de México, 2000, pp. 635-705.

17 "la biblioteca popular en México es un producto genuino de la Revolución, con ello no quise decir que no hubiera bibliotecas públicas durante el gobierno del general Díaz. Las había, sí, solemnes, inhospitalarias y [...] vacías. Eran también un reflejo de la época: bibliotecas para la élite. En la capital de la República, la austera Biblioteca Nacional, la oscura de la Secretaría de Fomento, la angustiosa y sombría del Museo Nacional; ricas las tres sobre todo las dos primeras, en libros de historia, y raros infolios, códices y manuscritos, cuya consulta exigía una paciente espera del estudioso para que el empleado buscara y llevara el libro a manos del lector que pronto había de abandonar el inhóspito sitio por la incomodidad, el frío y la poca luz que acentuaban la sensación del molesto abandono". S.a., "Apuntes históricos sobre la biblioteconomía en México", *Boletín ENBA* 1, no. 2 (noviembre-diciembre de 1953), pp. 3-5.

18 Milada Bazant, "Lecturas del porfirato", en *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México, pp.205-242.

ción racional y sistemática de su colección y, por ende, tampoco del personal especializado para que una organización de esa índole, para ello bastaba cualquier tipo de personal con las nociones empíricas indispensables para la conservación de la colección. Pero quedó en evidencia que con esto sólo se agravaban sus limitaciones, por lo que su último director, leal al régimen porfiriano, José María Vigil, emprendió la catalogación de la colección con el sistema Namur.¹⁹ Este primer intento de catalogar la colección de la Biblioteca Nacional con el sistema Namur fue el antecedente inmediato en la gestación de la fase de constitución del campo bibliotecológico.

El momento fundacional de un campo no consiste necesariamente en una fecha o en un acontecimiento sonoro, que eso es parte del anecdotario, sino en la instauración de una práctica articulada cognoscitivamente. En medio del conocimiento empírico en el que se fundaba la organización de la colección y en sí de la Biblioteca Nacional, se instaura un conocimiento de mayor elaboración abstracta; se pone en marcha la dialéctica de la construcción del objeto de conocimiento, en la que inciden la dialéctica de la realidad y la del pensamiento. La experiencia que se sustenta en el conocimiento empírico comienza a reelaborarse, adquiriendo su primer enriquecimiento abstracto, lo que conlleva un primer distanciamiento de la realidad, con lo que se inicia el movimiento de oposición y complementariedad entre pensamiento y realidad, por mediación de la catalogación con el sistema Namur. Pero este antecedente inmediato del inicio de la constitución del campo bibliotecológico y, con ello, de la historia del campo sufrirá una ruptura y una aceleración; poniendo en evidencia su despliegue discontinuo, a contramarcha de la homogeneidad lineal positivista.

19 “José María Vigil, quien fue su director de 1880 hasta 1909, con el bibliógrafo José María de Agreda y Sánchez catalogaron buena parte de la colección de la Biblioteca Nacional con el sistema Namur. Por otra parte, y no obstante que como ya se ha señalado, su organización no había sido concluida, desde 1867 parte de su colección estuvo al servicio del público en la capilla del Tercer Orden”. Añorve Guillén, “El despertar de la vocación biblioteconómica...”, p. 93.

La Revolución mexicana estalló en 1910, afectando de una u otra forma la integridad del país; fue el factor exógeno que generó la discontinuidad en la incipiente constitución del campo bibliotecológico. El movimiento armado cambió la dirección que seguía la totalidad, el engendramiento recíproco de los conjuntos y sus partes se alteró, por lo que la generación y apropiación de la información fue objeto de rejugos y pugnas entre los diversos grupos enfrentados en la revolución. Los grupos que anteriormente habían sido marginados de la detentación de la información, ahora la exigían, dando lugar a la aparición de nuevos intereses y necesidades de la sociedad, que se reflejarán en su primer impulso en la Biblioteca Nacional. Ese movimiento de reconfiguración dialéctica de la totalidad, con todos los procesos particulares, concretos, que trajo aparejados, propiciaron la gestación definitoria de la fase de constitución del campo bibliotecológico mexicano, fase que se prolongaría a lo largo del siglo XX, hasta desembocar en la actual centuria. Amplio arco en el que gradualmente se definieron y establecieron sus interacciones entre las múltiples prácticas, como lo sintetiza Adolfo Rodríguez Gallardo, palabras de este especialista que nos servirán como pórtico para la breve y esquemática comprensión de la historia epistemológica de la fase de constitución del campo aquí expuesto:

Sin embargo podemos decir que como disciplina, la bibliotecología surgió en México en el siglo XX mexicano y que por lo tanto es una disciplina muy joven. Durante los primeros años de su existencia se le vio como una actividad práctica y no como una disciplina. Es durante este período que su estudio se hace formal, básicamente con el establecimiento de las escuelas de bibliotecología. Es en este siglo que se ofrecen los primeros servicios especializados que tiene como objetivo satisfacer las necesidades de los usuarios de una mejor forma y no solamente para la utilización de sus ricas colecciones, lo que había sido el fin principal de la actividad bibliotecaria. Es en este periodo que se establecen las asociaciones de bibliotecarios, incluyendo en primer lugar a la AMBAC. Así mismo las bibliotecas se empiezan a diferenciar por el tipo de colecciones que poseen y por los servicios que ofrecen, así como por la clase de usuario quien se los presta. Los productos secundarios, tales como índices y resúmenes se elaboran en México por primera vez en el siglo XX. La educación bibliotecológica se diversifica en varios niveles y se establecen en varios estados de la República. Las primeras revistas es-

pecializadas son producidas en este periodo, las bibliotecas adquieren equipos y productos electrónicos, ofrecen servicios fuera de los recintos bibliotecarios. El primer programa formal de investigación bibliotecológica se establece por primer vez en la UNAM.²⁰

Con el triunfo de la facción Constitucionalista se replantea la organización interna y la posición social y política de la Biblioteca Nacional. Lo que por otra parte viene a significar que los constitucionalistas buscando satisfacer demandas sociales emprenden la reestructuración de la Biblioteca Nacional como eje de la redistribución de la información para que llegue a un mayor sector de la población. Lo que asimismo implicaba enfrentar los remanentes porfirianos que aún permeaban la organización de la institución. La parte más visible de ese enfrentamiento se dio en torno al problema de la catalogación. Para los nuevos encargados de administrar la biblioteca, el sistema Namur no cumplía con la racionalización de la colección para los fines que ahora se le encomendaban, como la redistribución de la información. Se requería un sistema más eficiente y funcional, para ello se adoptó el sistema de catalogación de Melvil Dewey, bajo la consideración de los efectivos resultados pragmáticos dados con tal sistema a las bibliotecas de Estados Unidos.²¹ Este cam-

20 A. Rodríguez Gallardo, "Bibliotecología mexicana: una visión global hacia el futuro", en *Memoria de las XXI Jornadas mexicanas de biblioteconomía*, México, AMBAC, 2002, p. 307.

21 "En 1915, al triunfo de la revolución constitucionalista, tuvo a bien acordar la superioridad, por considerarlo de urgente necesidad, que se procediese a la reorganización general de esta institución, la cual [...] no llenaba ya las exigencias de la época actual [...]. Después de estudiar los diversos sistemas de catalogación, se adoptó, por considerarlo como uno de los más prácticos, el norteamericano Melvil Dewey, mas se tropezó con el inconveniente de que las personas a quienes les fueron encomendados carecían de las aptitudes para realizar dichos trabajos, los cuales dada su índole, requieren en quienes los desempeñan, aparte de cierta cultura general, conocimientos técnicos y preparación especial [...]. Para subsanar estas dificultades y preparar un personal apto y competente, se creó, a mediados de 1916, la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros, pero la situación anormal del país, por una parte, los prejuicios que contra ella abrigaron varias personas y la poca protección que se le impartió, por la otra, hicieron que fuese clausurada cuando apenas comenzaba a producir sus primeros frutos". Citado por Añorve Guillén, p. 107.

bio de un sistema de catalogación por otro conllevaba, como se entreve, profundas pugnas de poder y de proyectos respecto de lo que debía ser la Biblioteca Nacional, no era el simple cambio de un sistema de catalogación más eficiente por otro; en dicho terreno, también surgió la confrontación entre un régimen político y otro. La adopción del sistema Dewey traía aparejado otro problema: la preparación del personal adecuado para implementarlo y manejarlo.

De inmediato se quiso subsanar el problema de la preparación del personal con la creación, en 1915, de la Academia de Bibliografía, adscrita a la Biblioteca del Pueblo en Veracruz, pero los cursos en esta Academia, un tanto improvisados, no resolvían el problema de la formación del personal especializado. Por lo que, para normalizar los aspectos técnicos de las bibliotecas, mejorando su funcionamiento, se fundó el 26 de junio de 1916, por iniciativa de Venustiano Carranza y estímulo de Agustín Loera y Chávez, la primera Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas.²² Con la enba se buscaba dar el paso decisivo que conducía al personal bibliotecario de lo empírico cognoscitivo a lo profesional cognoscitivo. La formación que daba esa enba primigenia consistía en suministrar los conocimientos fundamentales sobre la organización de la biblioteca. Era un tipo de conocimiento funcional y práctico, pero al fin estructurado sistemáticamente, lo que significaba un paso más en el proceso de elaboración abstracta de los objetos de conocimiento bibliotecológicos. Así, la práctica de la educación bibliotecológica pasó a ser, a partir de ese momento, la plataforma desde la cual se articulaba el

22 “El 26 de junio de 1916, a las 7 de la noche, se inauguró la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas. El Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, a nombre del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, hizo la declaratoria de inauguración. Fue nombrado director de la Escuela don Agustín Loera y Chávez; profesor de Catalogografía, el señor Juan B. Iguíniz; profesores de Organización de bibliotecas y archivos los señores ingenieros Jesús Galindo y Villa y don Nicolás León; profesor de Latín, el señor don Francisco de P. Herrasti; profesor de Inglés, don Joaquín Palomo Rincón; profesores de Francés, don Pedro J. Pesqueira y don Aurelio Manrique; las conferencias de bibliografía estuvieron a cargo del señor Alberto María Carreño”. María Mediz Bolio, “Apuntes para una historia de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas”, *Boletín de la ENBA* 4, nos. 16-21 (1961), p. 27.

conocimiento del ámbito bibliotecario y de la información. Pero también la fundación de la enba señalaba el inicio de autodefinición de la práctica de la educación bibliotecológica (aun cuando era dependiente de la Biblioteca Nacional); la cual, desde esa autodefinición, estableció interacción con la biblioteca. Convendría acotar que, cuando ese conocimiento bibliotecológico fue llevado a cabo en la mencionada Academia de Bibliografía, anexa a la Biblioteca del Pueblo en Veracruz, la educación bibliotecológica no se autodefinía como práctica específica y diferencial, siendo una extensión de las prácticas de la biblioteca.

El inicio de la autodefinición de la educación bibliotecológica y su interacción con las prácticas de la biblioteca marca el pleno comienzo de la fase de constitución del campo bibliotecológico. Ahora bien, uno de los factores epistemológicos, propio de la especificidad de este campo, es que a lo largo de la fase de constitución seguirán siendo las prácticas de la biblioteca, funcionales y pragmáticas, las que marcarán las pautas cognoscitivas de las demás prácticas del campo, como quedó de manifiesto una vez que se autodefinió la práctica de la educación en ese inicio de la fase de constitución. De igual forma, el resto de las demás prácticas han ido detrás de las prácticas de la biblioteca; en la fase de autonomía, este proceso ha de invertirse o, más específicamente, como veremos, la que ha de marcar las pautas cognoscitivas será la investigación bibliotecológica, pero articulada de manera teórica para construir conocimiento fundado en la teoría. Conviene indicar que de esta primera enba egresó Juana Manrique de Lara, la primera bibliotecaria profesional de México. En otras palabras, fue el primer agente del campo que dejó atrás el conocimiento empírico para ser el primer profesional cognoscitivo. Lo que fue la base desde la que ella se desplazó para ocupar varias posiciones en el campo a lo largo de su vida profesional y con ello contribuir a la autodefinición e interacción de las diversas prácticas. Esta escuela sólo duró dos años, su cierre se debió tanto a la presión de fuerzas exteriores, como a tensiones internas e incompleta autodefinición, todo lo cual contribuyó a su discontinuidad. En la dialéctica de la realidad, la totalidad era marcada nuevamente por los conflictos entre los diversos grupos triunfantes de la revolución, lo que re-

percutió en el interior del campo y en particular en la escuela. Dentro de la escuela, los pocos alumnos y la falta de interés o de conocimiento respecto del carácter de la educación bibliotecológica causaron el cierre de la ENBA, y con ello propiciaron la discontinuidad de esta práctica.

A su vez, esta primera escuela propició el despliegue de otra práctica: la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos (ABM). De dicha escuela surgieron o se relacionados los que en 1924 fundaron la ABM, la cual, asimismo, generaría su propia discontinuidad, quedando terminada en 1933. En 1954, se fundó la nueva ABM, con lo que lleva a cabo su definitiva autodefinición.²³ La función de la práctica realizada por la abm es dar cohesión y coherencia a la interacción de las diversas prácticas del campo, en otras palabras, es la que delimita el perímetro, el campo dentro del espacio social, estableciendo una

23 “El primer grupo del que tenemos noticia fue el de la Asociación de Bibliotecarios Mexicanos, fundada en 1924 y cuya actividad se prolongó hasta 1933. Esta asociación surgió de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archiveros que funcionaba en la Biblioteca Nacional desde 1916, y uno de cuyos objetivos se proponía formar ‘un centro de estudios de propaganda de las ciencias bibliotecarias’, idea que cristalizó con la fundación de dicha asociación. Integrada por un grupo nada despreciable para aquel entonces (104 miembros, de acuerdo a su primera lista de socios), no desmayó en su interés por vincular a quienes laboraban en bibliotecas, seguramente localizadas, en su mayor parte, en la ciudad capital. “Después de un paréntesis de casi veinte años, y como clara manifestación de no abandonar el interés por reintegrar a quienes entonces laboraban en bibliotecas, en 1954 se crea la Asociación Mexicana de Bibliotecarios, de la que sabemos, aunque los datos de sus primeros años de actividad son escasos, que tuvo presencia en el medio y que se convirtió, gracias al esfuerzo de varios bibliotecarios profesionales, en Asociación Civil el 18 de octubre de 1965”. Guadalupe Carrión Rodríguez, “La Ambac y la planeación nacional de servicios bibliotecarios: sus 45 años de Jornadas”, en *Memoria de las XXXII Jornadas mexicanas de biblioteconomía*, México, AMBAC, 2002, p. 195.

“La Asociación de Bibliotecarios (AMBAC) es incipiente, tiene que recorrer muchos caminos en muchos años para formar una infraestructura profesional que pueda opinar y normalizar sobre la educación bibliotecológica y otros temas; en contraste con el país vecino, los Estados Unidos, que desde 1925 había establecido normas mínimas para las escuelas de bibliotecarios”. Estela Morales Campos, *Educación bibliotecológica en México, 1915-1954*, México, CUIB, UNAM, 1988, p. 61.

normatividad reguladora que da un sentido de comunidad a los integrantes del campo, pese a que no todos estaban afiliados a ésta.

Una nueva ENBA se fundó en 1925,²⁴ de vida aún más efímera que la anterior; se cerró en 1926. La necesidad de abrir la escuela una vez más, respondía al hecho de que al fin fuera una realidad la prometida redistribución de la información, una vez apagadas las pavesas del fragor final de la revolución, cuando ésta comenzaba a entrar en la institucionalización, aunque la guerra cristera pusiera en cuestión tal institucionalización.²⁵ Lo que redundó en que Álvaro Obregón llevara a la Rectoría de la Universidad, y después a la Secretaría de Educación Pública, a José Vasconcelos, quien emprendió un programa cultural nunca antes realizado, la fundación de bibliotecas auténticamente públicas y la campaña de alfabetización, los dos aspectos por supuesto se complementaban y eran los arietes de la redistribución de la información en la era posrevolucionaria.²⁶ Ante esta situación y los rápidos cambios que ocurrían, se echó mano de lo que ya había: egresados de la primera ENBA, así como, por ejemplo, Juana Manrique de Lara, quien tuvo un papel destacado en esa situación y de per-

24 “El día 14 de enero de 1925, a las 19 horas, en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, se llevó a efecto la solemne inauguración de la Escuela Nacional de Bibliotecarios. El Director de la Escuela, señor Juan B. Iguíniz, pronunció el discurso inaugural. El plan para impartir estos conocimientos manifiesta que el desarrollo de los cursos sería de once meses y como asignaturas figuran las siguientes:

Bibliología

1. Clasificación
2. Catalogación
3. Selección de libros
4. Organización de bibliotecas
5. Bibliografía y trabajo de referencia

Fueron profesores de las diversas materias, además del director, señor Iguíniz, la señorita Juana Manrique de Lara, el licenciado Emilio Baz y Malo, el ingeniero Mario Enríquez y el señor Joaquín Díaz Mercado. Esta Escuela fue organizada por el Departamento de Bibliotecas de la Secretaría de Educación Pública”, Mediz Bolio, p. 29.

25 Lorenzo Meyer, “La institucionalización del nuevo régimen”, en Cosío Villegas (ed.), *Historia general de México*, pp. 823-880.

26 Engracia Loyo, “La lectura en México 1920-1940”, en *Historia de la lectura en México*, pp. 243-254.

sonal empírico cognoscitivo. La segunda ENBA no pudo responder a este reto.

En el ínterin, se buscó preparar personal con diversos cursos de capacitación, impartidos en diversas instituciones, aunque no solucionaban el problema, el cual por lo mismo siguió gravitando en ese segmento inicial de la fase de constitución del campo, hasta que el 5 de abril de 1945, en ceremonia llevada a cabo en Bellas Artes, se fundó la tercera ENBA. Con ésta se logró la estabilización de la práctica de la educación bibliotecológica, entrando en la etapa de su completa autodefinition. Y esto no en función de su nueva y simple fundación, sino porque a partir de ésta la práctica de la educación bibliotecológica tanto a nivel organicidad académica-institucional, como a nivel epistemológico, perfila su orientación distintiva dentro del campo. En la ENBA se establecieron los tres escalones de enseñanza: profesional, subprofesional y cursos de capacitación.²⁷ Estos escalones son, a la vez, la respuesta de la consolidación del enfoque técnico en la esfera cognoscitiva.

La Bibliotecología o, más exactamente, sus objetos de conocimiento y procedimientos operativos acabaron por ser concebidos técnicamente, después de una profunda tensión en la enseñanza de la disciplina entre un enfoque humanístico y uno eminentemente técnico.

El primer director de la tercera ENBA fue el escritor y funcionario del Servicio Exterior Mexicano, Francisco Orozco Muñoz, que al darle una orientación francesa a la Escuela, le suministró a la educación bibliotecaria un fundamento erudito humanístico, la parte técnica se la dio el grupo del Departamento de Bibliotecas. El equilibrio entre ambos enfoques se conservó de 1945 a 1952. Al reestructurarse en 1952 el plan de las asignaturas, acabó predominando el enfoque téc-

27 "Los creadores de la Escuela de 1945 tenían muy claras las necesidades del país en cuanto a recursos humanos para planear y organizar bibliotecas, así como para ofrecer los servicios mas convenientes, de tal forma que la Escuela Nacional de Bibliotecas estableció claramente tres niveles de enseñanza: el profesional, el subprofesional y los cursos de capacitación; división que sigue siendo válida en nuestros días", Morales, *Educación bibliotecológica...*, p. 18.

nico. Lo que selló la característica epistemológica del campo en su fase de constitución. Los tres escalones de la enseñanza estarán determinados por la profundidad y sistematicidad con que emprenden el conocimiento técnico de los objetos de la disciplina.²⁸

Al igual que se torna más estrecha la interacción entre las prácticas de la biblioteca y de la enseñanza bibliotecológica, esta última se encamina a su completa y plena autodefinición, que se consuma cuando, en 1956, se fundó el Colegio de Biblioteconomía y Archivonomía en la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.²⁹ Aparte de implicar la definitiva institucionalización de la educación bibliotecológica y de ser la vía para la completa formación profesional de los bibliotecarios, se significa por representar el momento en que la separación dialéctica

28 “Afortunadamente en 1945 con el cambio de enfoque en la educación se ve la necesidad al igual que en otros campos, de que las bibliotecas y los bibliotecarios desarrollen un trabajo más técnico, que adquieran una técnica para colaborar en la superación técnica de otros campos como la agricultura y la industria, y con la creación de la Escuela de Bibliotecarios se propicia la profesionalización de la Bibliotecología”. *Ibid.*, p.65.

29 “[...] gracias al empeño del doctor Efrén C. del Pozo, entonces Secretario General de la Universidad quien, consciente de la importancia de la información para el desarrollo de las funciones sustantivas de la Universidad y conocedor de las deficiencias de las bibliotecas universitarias, solicita a don Juan B. Iguíniz, en esa época director de la Biblioteca Nacional, se encargue de la preparación de un proyecto para formar, en la propia institución, a quienes se responsabilizarían de la transformación de las bibliotecas necesarias para el funcionamiento institucional. A su vez Iguíniz delega tal responsabilidad al maestro José María Luján, experto historiador del periodo revolucionario, subdirector de la misma Biblioteca Nacional y también responsable del proyecto de construcción de la Biblioteca Central.

El 9 de abril de 1956 inicia sus actividades el Colegio de Biblioteconomía y Archivonomía en la Facultad de Filosofía y Letras. Los estudios de maestría en biblioteconomía, aprobados en la sesión del Consejo Universitario con fecha del 25 de julio de 1956, estuvieron basados en la revisión amplia de catálogos de escuelas estadounidenses de la especialidad por lo cual recibió cierta influencia de los programas de las universidades de Columbia, Case Western Reserve y Chicago, principalmente. De Western Reserve, por ejemplo, adopta la orientación general que se da a la formación de bibliotecólogos”. Licea de Arenas, Judith y Valles, Javier, “Cuarenta y cinco años de actividad académica en el Colegio de Bibliotecólogos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM”, en Licea de Arenas, Judith (coordinadora), *Cuarenta y cinco años de estudios universitarios en bibliotecología. Visiones empíricas e históricas*, México, FFYL-UNAM, 2001, pp. 143-144

de los objetos empíricos para convertirlos en objetos abstractos, bajo el *dictum* técnico, es definitivo, además, porque los inserta en una estructura orgánica y sistemática de conocimiento, en conjunto con un sustrato epistemológico positivista. Esto conllevará que, una vez llegada la práctica de la educación a ese extremo cognoscitivo, dé lugar a la gestación y despliegue de la práctica de la investigación bibliotecológica, la cual en ese momento primigenio de su despliegue es una práctica más de la educación, y en esa misma medida serán sus limitaciones y fragilidades, y con éstas su discontinuidad. La educación infisionará su propia lógica cognoscitiva a la investigación, por lo que ésta es una práctica más de aquélla. La tensión generada entre ambas prácticas dio como resultado su separación, redundando en que el centro de investigación en bibliotecología surgido en la Facultad de Filosofía y Letras cerrara³⁰ y se refundara a fines de 1981 un centro independiente especializado en investigación bibliotecológica, el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB).³¹ Lo que significa el inicio y desenvolvimiento de autodefinition de la práctica de investigación. Conforme la autodefinition de la investigación se consuma, por mediación del CUIB, el campo bibliotecológico mexicano llegó al límite de su fase de constitución...

30 “En la Facultad de Filosofía y Letras de la unam, entre 1972 y 1976, se crearon varios centros de investigación, uno de ellos dedicado a la bibliotecología. Estos centros buscaban propiciar la investigación entre los profesores de la facultad; los pocos profesores que formaban parte del Colegio de Bibliotecología participaron en este proyecto, ofreciendo como uno de sus productos el *Anuario de Bibliotecología*, en el que aparecían artículos de especialistas relacionados o ajenos al Colegio. La publicación continúa, pero los centros ya no existen”. Estela, Morales, “Cuarenta años de formación de bibliotecólogos y la investigación bibliotecológica”, *Ibid.*, p. 159.

31 “Para completar el ciclo académico de la bibliotecología de investigación-docencia, la unam creó, a fines de 1981, el Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB). Este centro se instituyó para realizar investigaciones sobre problemas de la información y comportamiento, así como sobre los medios de organización que propicien su uso, sus implicaciones sociales y el estudio de la propia teoría bibliotecológica y de la información”. *Ibid.*, p. 160.

PROSPECTIVA

Para una contribución a la construcción de la fase de autonomía del campo bibliotecológico mexicano

El CUIB, primer centro de investigación bibliotecológica como tal en México, cumplió cinco lustros de vida, periodo durante el cual, al igual que alcanzó la práctica de la investigación su autodefinición, el campo en su conjunto llegó al límite de su fase de constitución, de hecho, uno y otro proceso se implican mutuamente. El potencial de posibilidades de desarrollo que caracteriza a esta fase se ha cubierto, por lo que el campo ha llegado a un punto de inflexión que plantea la disyuntiva: la perseverancia en la fase que se halla o preparar el tránsito hacia la fase de autonomía. Esto en cuanto a su propia historia epistemológica interna, mientras que la historia exterior, signada por la dialéctica de la realidad, también plantea al campo una coyuntura de inflexión, en vista de que el movimiento de la totalidad social ha reconfigurado los objetos de conocimiento, por lo que a ese respecto los intereses y necesidades de la sociedad se han transformado. El ocaso del siglo XX fue el escenario donde la información se convirtió en actor protagónico y determinante de la organización social. Además, ese protagonismo se caracteriza por estar impulsado por un complejo desarrollo tecnológico, lo que cambia radicalmente los parámetros con que se concebía a la información. Esto ha redundado en que la dialéctica entre el campo y la realidad social, o entre la historia epistemológica del campo y la historia externa comience a ser predominante la oposición entre ambos, mientras que el movimiento de complementariedad queda obnubilado.

Este momento de inflexión para el campo bibliotecológico nos lleva a cuestionar su desenvolvimiento histórico para replantear su futuro. Y en el centro de ese cuestionamiento se encuentra la práctica de la investigación, porque ahora desde ésta se miran al pasado, en vista del futuro. Lo que, por otro lado, significa redefinir la organicidad de la investigación, esto es, su marco operativo tanto respecto de sus objetos de conocimiento como las formas de interacción con las demás prácticas del campo. Ante esto, cabe señalar que su función difiere de las demás prácticas, en la medida que ocupa un lugar estra-

tégico en el campo o, más exactamente, debía ocupar ese lugar estratégico, puesto que no ha sido asumido del todo por la investigación. Asumir esa función estratégica implica que se instaure como la práctica que conducirá al campo hacia su autonomía, para luego estabilizarlo en esa fase.

Veinticinco años de autodefinition de la investigación en el CUIB han dado a esta práctica las bases para ocupar esa posición estratégica en el campo bibliotecológico mexicano.³² Redefinir el marco operativo de la investigación bibliotecológica significa transformar los supuestos cognoscitivos en que se funda, para instaurar otros diferentes, lo cual permitirá desarrollar otra concepción del proceso de investigación. Los supuestos cognoscitivos sobre los que se funda el campo bibliotecológico durante su fase de constitución son los del positivismo, éstos permitieron que las diversas prácticas se consolidaran y alcanzaran su autodefinition. Pero ahora resultan limitados e, incluso, inoperantes para conducir al campo hacia su autonomía. De ahí que se plantee la necesidad de ejecutar otros supuestos de carácter diferente, cuya base de sustentación epistemológica realice el desarrollo teórico de las prácticas, haciendo que la concepción teórica prime y dirija a la orientación técnica y pragmática prevaleciente,

32 “Los antecedentes de éste (CUIB) se encuentran en un programa de investigación presentado por la Dirección General de Bibliotecas y aprobado por el Consejo Técnico de Humanidades en 1975; se crea de manera independiente el 14 de diciembre de 1981, como un centro de investigación perteneciente a la Coordinación de Humanidades. Además de investigar –que es su función principal, su razón de ser y la actividad que justifica su existencia–, realiza otras actividades secundarias, como apoyar programas de formación de personal académico e investigación de alto nivel, difundir el conocimiento bibliotecológico, y asesorar y propiciar programas de investigación con instituciones nacionales y extranjeras; asimismo, brinda apoyo desde el punto de vista metodológico a programas bibliotecológicos de la UNAM y del resto del país.

Estas funciones buscan el logro del objetivo de este centro: coadyuvar a la solución de problemas nacionales relacionados directamente con el uso de la información, el hábito de la lectura, las bibliotecas y toda otra institución que propicie el uso de la información y el estudio de la propia teoría bibliotecológica; del mismo modo, busca proporcionar el apoyo indirecto a la educación, la investigación, la producción, la administración y la difusión de la cultura para un mejor uso de la información.” Morales, Estela, *Ibid.*, p. 163.

como es el caso, por ejemplo, del *constructivismo*. La epistemología constructivista es una alternativa viable para fundar el campo cognoscitivamente sobre supuestos acordes con la fase de autonomía. Un campo sustentado teóricamente en toda su organicidad logra así su autonomía y, en cuanto tal, logra el estatus de cientificidad real y no meramente nominal. Lo cual redundará en que la investigación se comprenderá y ejecutará integral y dinámicamente: la investigación pura y la aplicada como un *continuum*, no como dos procesos separados y estáticos. De igual forma, se articulará como unidad integrada teoría e historia.

La investigación sobre la historia del campo se fundará, teóricamente, sin remanentes de una historia sustentada en supuestos positivistas. La historia ocupará un lugar de importancia en la investigación bibliotecológica, pues no se trata de un mero ornamento del que se prescindiera en cualquier momento. La importancia de la historia epistemológica radica en que, aparte de dar un conocimiento sistemático del pasado del campo, permite comprender cómo cada práctica alcanzó su autodefinición histórica, a partir de reelaborar abstractamente objetos empíricos de la realidad.

Y esa comprensión, ese conocimiento del pasado (entendido epistemológicamente) abre las vías para redefinir las prácticas a partir de enfocarlas teóricamente, para darles una fundamentación teórica, esto es, construir la teoría de cada práctica. El conocimiento teórico del pasado como fuerza motriz de la construcción teórica del futuro, tal será el *dictum* que guíe la investigación teórico histórica, con lo que contribuye así a que el campo bibliotecológico mexicano transite hacia su fase de autonomía.

La posición estratégica que guarda (o *debe* cubrir) la práctica de la investigación dentro del campo es la de ser el eje rector generador de teoría de y para las diversas prácticas. A partir de esa construcción teórica, se presenta la interacción del conjunto de prácticas, con lo que el campo queda articulado teóricamente, en otras palabras, se estatuye de manera autónoma. Lo que también implica que la investigación teórica de carácter teórico se convierte a la par de basamento de la fundamentación teórica de las prácticas en factor cohesionador

de la interacción entre éstas, al mostrar también la historicidad de esa interacción, como se ejemplificó en el esquema teórico-histórico sobre la fase de constitución del campo. Esquema que aquí se expuso global y sucintamente, deja la puerta abierta para investigaciones más acuciosas que con detalle traten la historia epistemológica de cada una de las prácticas, asfaltando así de manera segura el camino que conduce a la autonomía del campo bibliotecológico en México. Llegado a su cuarto de siglo de fecunda existencia, el camino queda así señalado para el CUIB.

BIBLIOGRAFÍA

- Añorve Guillén, Martha Alicia (2002). *El despertar de la vocación bibliotecológica de Juana Manrique de Lara (1897-1922) en el marco de las instituciones bibliotecarias de su tiempo*, México, 2002, tesis.
- (2003). *Inicios de la educación bibliotecológica en México: la primera Escuela de Bibliotecarios y Archiveros*, México, AMBAC.
- Bachelard, Gaston (1967). *La formation de l'esprit scientifique*, París, Librairie Philosophique J. Vrin.
- Bourdieu, Pierre y J. D. Wacquant Loïc (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo.
- Canguilhem, Georges (1989). *Études d'Histoire et de philosophie des sciences*, París, Librairie Philosophique J. Vrin.
- , *Lo normal y lo patológico*, México, Siglo XXI, 1971.
- Cosío Villegas, Daniel (2000). *Historia general de México*, México, El Colegio de México.
- Delgado López-Cozar, Emilio (2002). *La investigación en biblioteconomía y documentación*, Gijón, TREA.
- Dirección General de Bibliotecas, UNAM (1992). *La bibliotecología en el México actual y sus tendencias*, México, DGB-UNAM.

- Escuela Interamericana de Bibliotecología (1985). *Revista Interamericana de bibliotecología* (Medellín, Col.) 8, no. 1 (enero-junio).
- Encrevé, Pierre y Rose-Marie Lagrave (2004). *Travailler avec Bourdieu*, París, Flammarion.
- Escalona Ríos, Lina (2002). *Historia y prospectiva de la educación bibliotecológica*, México, AMBAC.
- Fernández de Zamora, Rosa María (2002). *45 años de jornadas: historia y prospectiva*, México, AMBAC.
- Gadamer, Hans-Georg (2000). *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, Tecnos
- Gurvitch, Georges (1971). *Dialéctica y sociología*, Madrid, Alianza.
- Iguíniz, Juan Bautista (1954). "Apuntes para la historia de la enseñanza de la biblioteconomía en México", *Boletín de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas* 2, no. 3-4 .
- Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía (2002). *Memoria de las XXI Jornadas mexicanas de biblioteconomía*, México, AMBAC.
- Kofler, Leo (1973). *Historia y dialéctica*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Licea de Arenas, Judith (coord.) (2001). *Cuarenta y cinco años de estudios universitarios en bibliotecología. Visiones empíricas e históricas*, México, FFYL, UNAM.
- Martínez Arellano, Filiberto F. (2002). *Cataloging and Classification History in México*, Nueva York, The Haworth Press.
- Martínez Arellano, Filiberto F. y Juan José Calva González (coords.) *La investigación bibliotecológica en la era de la información. Memoria del XXI Coloquio de investigación bibliotecológica y de la Información*, México, CUIB, UNAM, 2003.
- Mediz Bolio, María, "Apuntes para una historia de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas" (1961). *Boletín de la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas* 4, nos. 16-21.

Tópicos de investigación en Bibliotecología y sobre la Información ...

- Morales Campos, Estela (1988). *Educación bibliotecológica en México, 1915-1954*, México, CUIB, UNAM.
- (1987). *Testimonios de la bibliotecología mexicana: educación 1915-1954*, México, tesis.
- (1985). “La historia oral aplicada a la historia de la bibliotecología en México”, *Memoria de las Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía*, México, AMBAC.
- Muedra, Concepción (1948). *La enseñanza de la historia en la Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1948.
- Orera Orera, Luisa (ed.), (1997). *Manual de Biblioteconomía*, Madrid, Síntesis.
- Piña Marquina, Juan Ignacio (1988). *Formación de bibliotecarios y usuarios de información en México*, Guayaquil.
- Prost, Antoine, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid, Cátedra.
- Rodríguez Gallardo, Adolfo (2002). “Bibliotecología mexicana: una visión global hacia el futuro”, *Memoria de las Jornadas Mexicanas de Biblioteconomía*, México, AMBAC.
- (1990). “El milagro mexicano en Bibliotecología o la ronda de las generaciones”, *Seminario Nacional de Bibliotecarios Titulados de México, Bibliotecología Información y Sociedad en México: Memorias*, México, CONACyT.
- S.a. (1953) “Apuntes históricos sobre la biblioteconomía en México”, *Boletín ENBA* 1, no. 2 (noviembre-diciembre).
- Seminario de Historia de la Educación en México (1988). *Historia de la lectura en México*, México, El Colegio de México.
- Zelený, Jinděich (1982). *Dialéctica y conocimiento*, Madrid, Cátedra.